

LA PEQUEÑA PRINCESA

Y OTROS CUENTOS

MARÍA RUBIO, DANIEL CABALLERO,
VIRGINIA SANZ, VIRGINIA BELTRÁN,
PEDRO MECA, ESTHER CALERO

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA



VOLUMEN 1

LA PEQUEÑA PRINCESA

Y OTROS CUENTOS

MARÍA RUBIO, DANIEL CABALLERO,
VIRGINIA SANZ, VIRGINIA BELTRÁN,
PEDRO MECA, ESTHER CALERO

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA

EDITORIAL ESPACIO PARA CONTAR
2017

Dirección de la colección: Juan Pedro Romera
Diseño de la colección: Daniel Caballero
Ilustración: Ker'is

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los derechos reservados

Título original: La pequeña princesa y otros cuentos

© De los textos: sus autores

© De la presente edición:

Editorial Espacio para Contar, 2017

C/ Carril de los Juanes, 12

30012-Murcia (España)

Teléfono: 649 09 08 11

info@espacioparacontar.com

www.espacioparacontar.com

Depósito Legal: MU 1429-2017

Impreso en España/Printed in Spain

PRÓLOGO	5
EL BOTE DE MAR	9
UN LUGAR EN EL MUNDO	19
LA PEQUEÑA PRINCESA	27
SU TRIBU ERA EL MUNDO	35
PICO, EL PAJARITO CANTANTE	43
PIEDRA BLANCA	53
“ÉRASE TU VEZ”	63
“AHORA TE TOCA A TI”	69

PRÓLOGO

Tienes en tus manos el primer volumen de cuentos de la Biblioteca de Cuentos Maravillosos de la Editorial Espacio para Contar. Este acontecimiento sería suficiente para sonreír, suspirar y felicitar a sus autores y autoras. Estamos contruidos de cuentos y miradas y los creadores de las historias que conforman este volumen han vuelto su mirada al interior de su memoria para rescatar los momentos que su inconsciente ha querido regalarles. Han hecho un trabajo ímprobo, valiente y decidido para estrujar el recuerdo que tanta huella les dejó —dulce o amarga—, huellas que han convertido en una ofrenda, un canto a la humanidad, con la que compartimos tantas cosas. Y lo han hecho en formato de cuento maravilloso, ese que llaman de hadas en el folklóre nórdico.

Los cuentos que vas a leer a continuación han sido elaborados en la primera edición del taller “Érase tu vez” que se celebró en La Casa de la Piedra de Murcia los días 3, 4 y 5 de noviembre de 2017. Tres días intensos de encuentro con la sombra, de risas fáciles y gestos difíciles, de lágrima compartida, de contar cuentos, cantar melodías y jugar como niños y niñas pequeños. Tres días que sirvieron para dar forma al cuento de su vida en lenguaje simbólico y con las metáforas más elegantes. Y como cada cuento ha de tener

un buen final, pues cada cual escribió el suyo jugando de nuevo con las metáforas, que es el idioma que entiende el inconsciente. Mensaje en una botella de cuento para el futuro, lámpara de Aladino con su genio dentro, que irá desgranando la forma de vivir a partir de ahora, con sutileza, como en secreto.

Han sido seis personas, dos hombres y cuatro mujeres, o al revés. María Rubio, Daniel Caballero, Pedro Meca, Virginia Beltrán, Esther Calero y Virginia Sanz. Han escrito sus memorias, las han convertido en cuento, han grabado un vídeo contándolo y ahora se immortaliza en libro de papel. Misión cumplida. Enhorabuena por la entrega, la valentía y el buen humor para sobrellevar los momentos más duros de incertidumbre y desaliento. Tras pasar las pruebas y conseguir los dones ahora les toca devolver a la comunidad lo que han aprendido con su propia lucha. El viaje del héroe continúa.

EL BOTE DE MAR

MARÍA RUBIO DEL AMOR

*“Gracias a las palabras, ayudantes de los miedos,
curanderas de dolor”*

Hace ya algunos años habitaba en el mar un ser enorme, de escamas frías como las armaduras de los guerreros, con un corazón más grande que una ballena. Se llamaba Pina y disfrutaba de las tardes junto a su familia. Rubi, su compañero de viaje, era calmado y tremendamente paciente, y se entretenía con Hermi, su primogénito, haciendo los deberes o dando patadas a un balón, mientras Pina, dispuesta a ayudar a todo el que lo necesitaba, se olvidaba, casi siempre, de sí misma.

Un día que el sol lanzaba rayos y derretía hasta las más minúsculas partículas del mundo, Pina comenzó a sentirse mal. Le dolía el estómago, sentía que algo se movía en su interior. A los dos o tres días esa molestia se volvió más intensa, y de pronto, en medio del mar hubo una explosión. Nació de dentro de Pina un ser diminuto, de ojos grandes y expresivos, y de una curiosidad insaciable. La familia se acercó a él sorprendida, sin saber muy bien qué ocurría y de pronto, ese ser les sonrió. Pecita, que así se llamaría, pasó a formar parte de la vida marina.

Creció y creció, y cuanto más crecía, más preguntas tenía. Sus padres, algo desesperados por no tener respuesta a todo lo que ella necesitaba tuvieron una idea. Rubi consiguió un lote de libros que contenía muchas de las respuestas a esas preguntas que

Pecita repetía incansable, y Pina le regaló un cuaderno con hojas de colores para que escribiera en él las dudas que le surgieran. Se acercó a ella y besándola en la frente le dijo: “Cuando vayas al Colegio de Sabios resolverás muchas de tus preguntas”.

El día que comenzó el Colegio de Sabios Pecita estaba muy nerviosa. Cada semana hacía una pregunta a uno de los maestros, pero ellos no conseguían darle respuesta; la enseñaron a contar, a leer, a dibujar, pero no resolvían las cuestiones que ella necesitaba; y es que eran preguntas sobre las emociones, de esas que no todos saben responder. Se encerraba en los libros, en historias fantásticas que la sacaban de la realidad, y en la sonrisa que escondía un huracán de enfado que la golpeaba con frecuencia. Poco a poco, esas preguntas que escribía en los papelitos de colores fueron convirtiéndose en tristeza y frustración, y fueron encerradas en un bote de cristal que encontró en medio del mar.

Una tarde que jugaba a construir montañas le dieron una noticia: iba a tener otro hermanito. Jofi, que así se llamó, era el ser con las alas más grandes que ella había visto nunca. Con el tiempo empezó a ocupar un espacio en el corazón de Pecita, y ésta lo invitó a compartir una de sus grandes pasiones. Cada noche, antes de dormir, le contaba una historia, pero no de cualquier forma. Abría un libro y le daba vida: voces a los personajes, saltos por encima de las camas, gritos de héroes luchadores... y así, los dos se dormían, algunas noches entre risas, otras un poco asustados por el cuento que había tocado narrar.

Un día sus padres le contaron que había llegado el momento de marcharse a la tierra. Ella sabía que eso pasaría, pero no se sentía preparada. Allí tenía que aprender a pisar suelo firme, a respirar un aire diferente, a comunicarse con desconocidos. Tuvo que esforzarse mucho y hubo momentos en los que estaba rodeada de amigos, pero no terminaba de sentirse pura. Cada día volvía a casa agitada y confusa, porque allí, en el Colegio de los Grandes Sabios tampoco le respondían a lo que necesitaba.

Pecita se hacía mayor y tuvo que seguir construyendo una co-
raza que la salvara de sus miedos. Poco a poco fue apagándose y
sintiéndose incomprendida en el mundo de los mayores. Eso le
repercutió en su vida. Comenzó a suspender las enseñanzas y a
sentirse muy perdida; embotada, rígida, dolorida por fuera y, por
dentro, rota, sola, desconsolada... Eran tantas las emociones que
reprimían su cuerpo que su cabeza dejó de darle fuerzas. Se ence-
rró en un agujero negro en el que no encontraba salida, y cuando
pensaba que nadie podía salvarla una mano apareció en el aire.
Uno de los grandes sabios la había observado y vio como poco a
poco iba consumiéndose. El gran sentido de responsabilidad que la
perseguía no le daba espacio a respirar y él la ayudó a comprender
muchas cosas, tantas, que consiguió sacar las enseñanzas adelante
y obtener una plaza en el Colegio Superior de los Ilustres Sabios.

Una vez allí, consciente de que nadie la conocía pudo em-
pezar de cero. El aire nuevo renovó su espíritu y la hizo crecer
junto a personas con las que compartió multitud de aventuras.
Cada una venía de un lugar distinto: tierra, fuego, aire, y ella,
agua. Eran los elementos que completaban su círculo y calmaban
sus sobresaltos.

Cuando pensó que era lo suficientemente mayor, decidió no
volver cada día al mar. Hizo la maleta, se despidió de su familia,
metió en su mochila unos cuantos libros y el bote con los papelitos
de colores y se instaló en la tierra. A pesar de ser una decisión difí-
cil, pues Jofi aún era pequeño y no quería abandonarlo, y su familia
no tenía muy claro que fuera la mejor opción, había en su interior
una brasa de fuego que la incitaba a hacerlo. En ese viaje descubrió
muchas cosas y entendió muchas otras. Entre ellas que la lejanía del
mar la ayudaba a resolver por ella misma algunas de las preguntas de
su bote, ése que por un tiempo había estado guardado en un cajón.
Junto a los elementos, al Gran Sabio, y a seres que encontró en su
camino, sintió calor.

Cuando ya se había acostumbrado a vagar por los caminos de la tierra y pensaba que todo estaba controlado, algo surgió de una montaña. Deambulaba sola, calentando el alma en un día triste, y en lo alto de una piedra vio a un ser solitario que miraba al horizonte. De repente la miró, y ella, acusada por la curiosidad, se acercó a él. Se llamaba Lu, y fue desde entonces el candil de esa llama que Pecita necesitaba en los días furiosos. No hicieron falta muchas palabras para que los pájaros que revoloteaban en el interior de ambos se anidaran en un hogar común. Pasó el tiempo y Pecita, tras muchos días de calma comenzó a sentirse enferma. La rigidez y el resentimiento de las emociones que la habían escoltado en muchos momentos de su vida resurgió sin sentido. Lu, preocupado, sin saber muy bien cómo ayudarla, la acompañaba siempre, incluso en los momentos en los que Pecita no se soportaba ni a sí misma. Ella no sabía explicar su dolor, y él, mientras veía como se le rompía la fortaleza, se colmó de paciencia para mantenerla en pie.

Una de esas tardes que no podía respirar demasiado salió a dar un paseo. Entre sus pensamientos apareció una puerta que atravesó decidida. El lugar en el que se adentró era frío, inhóspito. Los árboles estaban apagados, los habitantes desconcertados, las fuentes del paseo secas... Se tropezó con un gigante que la llamó a su encuentro.

—Fibrón me llamo y mi confianza en ti habré depositado - dijo con voz vibrante. Pecita se extrañó de estas palabras, pero siguió escuchándolo atentamente.

—Un hechizo ha caído sobre mi pueblo y tú, Pecita, puedes ayudarme a deshacerlo.

—¿Yo?, ¿cómo?, ¿yo?, pe pe pe pero...- exclamó algo asustada.

—Tú a Fibromur has decidido venir, por tanto la elegida eres para salvar al pueblo en su devenir.

—Mmmm... vale... pero, ¿cómo?, si puede saberse.

El gigante Fibrón le propuso un trato. Le contó que para salvar a sus pueblerinos ella debía escribir un cuento sobre emocio-

nes. Si conseguía hacer brotar lágrimas de agua de sal de los ojos de cada uno de ellos, rompería la maldición y todo volvería a ser como antes.

—Y no es muy complicado, cada habitante tiene sólo un ojo, ¿ves?, como yo— le dijo el gigante mirándola fijamente.

Pecita, un poco extrañada aún, decidió aceptar el reto, a pesar de su terror a exponer emociones, pero se envalentonó y firmó el trato.

Pasaron muchos días en los que ella se sintió incapaz de anotar una palabra en esos folios de cartón que el gigante le había proporcionado. Pasaron los meses y poco a poco fue depositando ciertas frases sin mucho sentido. El día de la batalla llegó y Pecita volvió a Fibromur.

El cuento se llamaba “¿Y tú, cómo andas?”. Las manos le sudaban, las piernas le temblaban, la voz se le rompía. Las caras de emoción aparecían ante sus ojos y ella comenzó a sentirse mejor, más serena. Miraba a uno y otro lado de la sala, en un rincón encontró a Lu, y a sus amigos.

Cuando terminó, un silencio atroz inundó el lugar, y cuando parecía que nada iba a suceder, todos los allí presentes comenzaron a expulsar de su interior lágrimas de sal que inundaron las calles, hicieron renacer a los árboles y llenaron las fuentes dando luz al gris del cielo.

Se celebró una fiesta en la que se cantaron canciones, se comieron grandes manjares y se bailó hasta avanzada la tarde. Entre risas y felicitaciones que ponían fin al conjuro que había acechado al pueblo durante muchos años, Pecita vislumbraba un ápice de tristeza en su interior porque su familia no pudo verla hacerse grande y respirar. Se arrinconó junto a uno de los grandes árboles que yacían frente al río y quedó pensativa. Sus compañeros de viaje, que algo la conocían ya, sabían lo que le preocupaba. Se acercaron a ella y se sentaron a su alrededor. A los minutos, Pecita se levantó exaltada y decidió emprender camino.

Ellos iban detrás y desde la distancia la observaban sorprendidos; ella tenía claro el destino de su peregrinaje. Llegó al mar y sintió entonces que ese nudo negro que la había acompañado durante muchos años de su vida se disolvía en su interior, pero el enfado seguía inmerso en su ser.

Al llegar a la orilla se alzó y dio un golpe tremendo en el suelo. Entonces, para asombro de todos, incluido el de Pecita, un camino se abrió a sus pies. De él surgió su familia, Rubi, Hermi, Jofi, Pina. Tras el cálido atardecer de un día de un otoño cualquiera fue hacia ellos y se fundió en un enredado abrazo que volcó en ella todas las raíces de su existencia. Su madre la miró con ternura, le acercó un bote vacío, de cristal, y le susurró:

—Guarda en este pequeño recipiente lo que tú más necesites.

Pecita, con los ojos inundados se inclinó y sonriendo, recogió un poco de agua de mar, del lugar del que provenía, de su esencia, y comprendió entonces, sólo entonces, que no era tarea de su familia responder a todas las preguntas de su vida.

UN LUGAR EN EL MUNDO

DANIEL CABALLERO

Erased una vez un niño que nació en una aldea mediana de un país mediano. Silan, que así se llamaba, era el pequeño de cuatro hermanos.

Durante sus primeros años Silan vivía feliz entre juegos y fantasías pero pronto comenzó a pensar que no había lugar para él en esa familia. Su padre tenía un respetable trabajo, su madre cuidaba de la modesta casa y sus hermanos hacían exactamente lo mismo que habían hecho sus ancestros.

Parecía que todo estaba hecho en su familia y Silan se preguntaba a diario cuál sería la tarea para la que había venido a este mundo.

Fue tanta la inquietud que sentía que, cierto día, cuando cumplió quince años, tomó una gran decisión: buscar el propósito de su vida. Así que colocó su ropa en un hatillo y, dejando atrás su aldea, marchó dispuesto a cumplir su objetivo.

Durante cien días y cien noches caminó dejando atrás todo lo que le era conocido hasta que tuvo frente a él la montaña más alta que jamás había visto, tan alta que parecía tocar el cielo con su sombrero blanco. Conmovido por su grandeza decidió escalarla pues pensó que allí encontraría la respuesta a su pregunta.

Después de largas jornadas, en las que sufrió más frío que

fatiga y más sed que hambre, logró llegar a la cima en la que, para su asombro, encontró a un hombre desnudo.

—Este hombre debe de ser muy poderoso —se dijo— pues ha logrado vencer el frío. Le hablaré de la duda que me consume.

Silan relató su historia y aquel hombre sin ropa le contestó:

—Silan, eres un joven valiente, eres inteligente y tienes talento. Lo más sublime que puede hacer alguien como tú es componer bellas melodías y propagar la música allá donde vayas.

Y Silan así lo hizo. El joven descendió la montaña contento y agradecido, al fin había encontrado el propósito de su vida y durante tres años recorrió pueblos y aldeas tocando bellas melodías que alegraron el corazón de las almas de la gente.

Sin embargo, pasado el tiempo, sintió un profundo vacío en su interior. La música era algo muy elevado pero no llenaba por completo su vida. Sin dudarlo un instante, abandonó sus partituras e instrumentos y encaminó sus pasos hacia el este. Le habían hablado que allí había un río tan extraordinario que solo tenía una orilla y que en su interior vivían criaturas tan grandes como castillos.

Tuvo que cruzar lenguas de tierra, bosques y desiertos, luchó contra animales salvajes pero al fin logró llegar a ese colosal río llamado océano. En la orilla, justo en la línea en la que el desierto se besaba con el agua en caprichosas formas, encontró a un hombre tan viejo como el mundo, sentado, mirando al horizonte y vestido con una túnica blanca.

—Este hombre debe ser muy sabio —se dijo— pues es muy anciano. Le hablaré de la duda que me consume.

Silan relató su historia y el anciano le contestó:

—Silan, eres un joven valiente, eres inteligente y tienes talento. Lo más sublime que puede hacer alguien como tú es narrar historias y propagar la palabra allá donde vayas.

De nuevo Silan se llenó de alegría y dedicó dos años a contar las más bellas historias que surgían de su mente. Se convirtió en un

orador muy respetado y la gente recorría largas distancias solo para oír sus relatos. Sin embargo, como había sucedido tiempo atrás, Silan, volvió a sentir un gran vacío y abandonó sus escritos encaminándose a la gran ciudad donde había más gente que hormigas tiene un hormiguero.

Desorientado y aturdido por el bullicio de la gran urbe preguntó y preguntó por la persona más sabia del lugar y así fue como dio con una sacerdotisa que parecía conocer todas las claves del universo y a la que de nuevo contó su historia. La sacerdotisa caviló durante largo tiempo y le contestó:

—Silan, eres un joven valiente, eres inteligente y tienes talento. Lo más sublime que puede hacer alguien como tú es ser artista y exhibir el maravilloso mundo de las formas y los colores.

Esta vez, Silan, quedó más satisfecho que nunca y descubrió que todos los pensamientos, temores y anhelos podían expresarse en un lienzo. Veinte años estuvo Silan pintando las más hermosas y afamadas obras de arte, hasta que llegó el día en que, hastiado, descubrió que la pintura quedaba encerrada en sus lienzos y él mismo dentro de esos cuadros.

Desanimado y decepcionado pensó que quizás no había sido bendecido con una vocación, así que decidió emprender el camino de vuelta a su aldea. Allí buscaría un buen trabajo y seguiría los pasos de su familia.

Tras dos jornadas de camino, abatido por oscuros pensamientos, Silan vio a lo lejos un árbol solitario que parecía tener un solo fruto pero que era tan grande casi como el propio árbol. La curiosidad hizo que se dirigiera hacia allí y, para su sorpresa, descubrió que aquel fruto era un hombre de pelo blanco que colgaba cabeza abajo de una rama.

Maravillado por el modo de vida de ese hombre Silan le contó que buscaba el propósito de su vida, que siempre había creído que tenía un gran talento escondido pero había descubierto que no era así.

El hombre, que tenía la gran ventaja de ver el mundo al revés le dijo:

—Silan, claro que tienes un talento, eres especial pero tan talentoso y especial como cualquier otro ser humano. Lo que te sucede se te pasará y volverá a suceder y se volverá a pasar. Así es la vida y así será siempre.

Silan continuó su regreso a la aldea pero esta vez se sentía algo más aliviado. Aquellas palabras le habían quitado un gran peso de encima.

Poco después de su encuentro con el extravagante sabio fue a un río para saciar su sed. Junto a la orilla encontró a un hombre absorto en sus pensamientos mientras comía unas semillas que tenía sobre la palma de su mano. Aquel ser, que era tan delgado como su sombra, le ofreció su comida y Silan le contó su historia y que había aprendido que todos somos seres iguales y a la vez excepcionales. Sin embargo, a pesar de lo aprendido, todavía sentía un desasosiego en su interior. El hombre delgado le contó una breve historia.

Una día el aprendiz le preguntó a su maestro:

—Maestro, si corto la pata un caballo ¿qué sucederá?

Y el maestro le respondió: que seguirá siendo un caballo.

—Pero ¿si le arranco los dientes a un tigre?

—Pues seguirá siendo un tigre —contestó el maestro.

—¿Y si le quito el miedo a un hombre?

Entonces el maestro, con una leve sonrisa, respondió:

—Pues entonces, por fin, será hombre.

A partir de aquel momento Silan sintió una gran liberación pues el miedo y la zozobra se habían alejado de su alma.

Quedaba ya poco camino para llegar a su aldea cuando Silan, que ya hacía tiempo que había dejado de ser un muchacho, divisó la hermosa figura de una mujer en lo alto de una suave colina. Cuando se acercó para hablar con ella, pues Silan había aprendido que no había que desaprovechar la oportunidad de conocer a las

personas, descubrió una muchacha joven, con cabellos tostados por el sol y ojos azulados e inteligentes.

Silan, que estaba conmovido por su belleza, le preguntó qué hacía allí sola en esa colina. La muchacha le contestó:

—Estoy hablando con las piedras.

Silan, atónito, le dijo contrariado:

—Eso es imposible, las piedras no hablan.

La muchacha le miró:

—Claro que es posible, las piedras nos hablan y los animales y las plantas. Todos formamos parte de un mismo sistema.

—Pero yo siento que no formo parte de nada —dijo tristemente Silan. He viajado durante años buscando a gente sabia que me diga cuál es el propósito de mi vida y aún no he encontrado la respuesta.

—Quizás deberías dejar de buscar en otros y mirar en tu interior. La respuesta siempre te ha acompañado, desde el primer paso de tu viaje.

Silan, estremecido porque esa muchacha tan joven le hubiera abierto los ojos de aquella manera tan sencilla decidió quedarse unos minutos más a su lado y seguir conversando.

Y así ocurrió que esos minutos se convirtieron en horas y las horas en días y Silan se fue liberando de su pesada carga, y emociones nunca antes vividas fueron aflorando en él y el tiempo se transformó en amor. Junto a esa bella joven formó una familia y fue feliz viendo crecer a sus hijos y amando y siendo amado. Y, a veces, tocaba el arpa, a veces contaba historias a la gente de la aldea, otras pintaba y muchas otras veces hizo tantas cosas que no cabrían en este cuento.

Pero lo que nunca volvió a hacer es vivir al dictado de los demás y, de esa manera, Silan encontró al fin su lugar en el mundo.

LA PEQUEÑA PRINCESA

VIRGINIA SANZ

A Alejandro, por dejar que vuele y darme alas para alcanzar mis metas.
A mis hijos Alejandra, Raquel y Evelio porque me enseñan a mirar
desde otro lugar y con ellos es todo mucho más sencillo.
A todas esas personas que me han acompañado en mi andar por la
vida, porque gracias a todos ellos soy lo que soy.
Y a Juan Pedro, por haberse cruzado en mi camino y haberme dado
esta oportunidad que jamás había imaginado.

Había una vez, en un Reino muy lejano, un gran castillo en el que vivían el Rey, la Reina y sus hijos, los príncipes y las princesas. Siempre estaba lleno de gente, los lacayos que trabajaban para el Rey y la gente del pueblo, porque todo lo que pasaba en el reino se celebraba: el nacimiento de las flores, la caída de las hojas... cualquier excusa era buena para preparar un gran banquete. Así fue creciendo, entre gente, risas, fiestas y sus hermanos, la Pequeña Princesa.

Su padre, el Rey, era un tanto peculiar pues le gustaba pasarse las horas en la mazmorra más oscura del castillo preparando líquidos y probetas para hacer sus experimentos. A la Pequeña Princesa le gustaba sentarse a su lado para ver cómo aparecían nuevos colores y afloraban olores que siempre llevaría impresos en su corazón. La Reina se sentaba en su gran sillón y se pasaba las horas tejiendo una colcha interminable, la Pequeña Princesa se sentaba a su lado y le preguntaba sobre las cosas que iban sucediendo en el reino, y así fue conociendo todos los detalles de cada rincón del país.

Un hermoso día de primavera llegó un mensajero real a decirle al Rey que debían trasladarse a otro reino, pues la Bruja Malvada había jurado matar a toda la familia y ya los había encontrado. Ellos, que vivían tan felices en su reino, no se querían ir. Una mañana, al

despertarse la Reina y mirar por su ventana, vio que las montañas se habían tornado de un color gris oscuro, lo que significaba que la Bruja estaba ya muy cerca, así que avisó al Rey y se prepararon para emprender el viaje a otro reino y escapar de las garras de la Bruja.

Y llegaron a su nuevo reino, que no era tan grande ni el castillo tan lujoso, pero donde se podía vivir en paz.

Los reyes mandaron llamar a sus hijos y les dijeron que cada uno debía tomar su camino, que tendrían que estar dos años fuera y que regresarían al reino y les contarían todo lo que habían aprendido en sus viajes. Un poco antes de partir, los reyes tuvieron una gran discusión con la princesa Inés y, a causa de ello, fue desterrada del reino. El príncipe Enrique partió en una nave en busca de nuevos países y nuevas lenguas que descubrir; la princesa Catalina se marchó con el mago para descubrir junto a él todo el poder de la alquimia; la princesa Tatiana se casó con un apuesto príncipe y se fue a vivir a otro reino y el príncipe Alberto se marchó como capitán del ejército real para conquistar nuevas tierras y así hacer más grande el de su padre. La Pequeña Princesa se detuvo en las puertas de los dominios reales sin saber qué camino elegir. Era una decisión muy complicada, pues era muy pequeña y no sabía muy bien cuál escoger. Finalmente se decidió por el camino que parecía más fácil de cruzar, sin pendientes ni grandes zonas boscosas y emprendió su camino.

Después de varias jornadas caminando se cruzó con un reino muy bonito, todo era alegría y las cosas tenían un color tan brillante, que a veces hacía daño en los ojos. Se adentró en él y se presentó al Rey quien le dijo que de ese reino nadie podía salir salvo comprando su libertad con tres sacos de monedas de oro. La Pequeña Princesa quiso ponerse a trabajar, pero ¿qué podría hacer? Pensando, pensando, recordó todo lo que había aprendido en las mazmorras junto a su padre y todas las cosas que le había contado su madre y, con todo ese conocimiento, empezó a trabajar muy duro para comprar su libertad.

Fueron pasando los días y la Pequeña Princesa conoció gente, amigos que llevaría siempre en su corazón, como la curandera Florence, la maestra de las lenguas Sophia, su querida Matilda —uno de sus guías espirituales— o las mellizas Felicidad y Alegría, que fundaron un colegio para niños peculiares, entre otros amigos.

La Princesa empezaba a estar muy cómoda en ese lugar, se había ganado el corazón de aquella gente y se sentía muy querida. Fueron pasando los años sin darse cuenta y una mañana al despertarse sintió la necesidad de salir de aquel lugar y como tenía más monedas de las que necesitaba para comprar su libertad, le entregó las bolsas de monedas al rey y se marchó.

Al salir del reino se cruzó con un apuesto Príncipe que le pidió que se marchara con él a descubrir nuevos mundos. A la Pequeña Princesa le pareció una idea estupenda y juntos emprendieron su nuevo viaje. Al cabo de varios años de descubrir lugares, escalar grandes montañas y encontrar islas perdidas, la Pequeña Princesa recordó el trato que había hecho con sus padres y le dijo al Príncipe que debían volver a su reino. Y así lo hicieron.

Cuando llegaron al castillo su madre la Reina les contó que la Bruja Malvada había pasado por allí y había lanzado una maldición sobre el Rey y sobre su hermana Catalina. Por culpa de este embrujo su padre había muerto y Catalina estaba muy malherida. Fue a ver a su hermana que le dio su mayor tesoro, sus hijos, para que los cuidara mientras ella se recuperaba. El Mago intentó con su gran magia romper el hechizo, pero era tan fuerte que todos sus intentos fueron en vano. La Pequeña Princesa no sabía qué hacer, ya que era la más pequeña y siempre la habían ayudado a ella, así que lo único que se le ocurrió fue quedarse al lado de Catalina todo el tiempo que pudiera. Una mañana fue a visitarla, como todos los días, pero no estaba, había desaparecido. La Pequeña Princesa, triste y desolada, sintió una enorme rabia en su interior y le dijo al Príncipe que debía de partir en una misión

arriesgada, pero lo tenía que hacer sola. Le devolvió el tesoro al Mago, que siempre estuvo al lado de Catalina, ya que era suyo también. Se puso su armadura y su casco, cogió la espada del VALOR y el escudo del AMOR y se fue en busca de la Bruja Malvada.

Tardó varios días en encontrarla, pero finalmente la halló en el interior de una oscura cueva. Estaba dormida, así que aprovechó para clavarle la espada en el corazón liberando así a todo el reino de sus garras. Y regresó al castillo donde la esperaban la Reina y el Príncipe. Les contó cómo había conseguido acabar con la Bruja Malvada y partió de nuevo, junto al Príncipe, en busca de más aventuras.

El Príncipe y la Princesa tuvieron varios hijos, tres para ser exactos: Afrodita, Calíope y Ares. Los tres niños descubrieron los reinos por los que pasaban, las cumbres que alcanzaban y las islas que poblaban junto a sus padres. Y así pasaron los años, sin darse cuenta.

Una noche el Príncipe le dijo a la Pequeña Princesa que era hora de volver a partir hacia otro lugar, que le habían hablado de la montaña más grande que existía en todos los reinos conocidos, pero la Pequeña Princesa le dijo que no, que ya eran muy ancianos y que había llegado el momento de regresar a su hogar. Y así emprendieron el retorno a su reino y se instalaron en el palacio con su familia.

La Pequeña Princesa mandó construir en la Plaza Mayor del reino un pedestal donde clavó la espada del VALOR y el escudo del AMOR, para que toda la gente supiera que con esas dos armas tan poderosas se podía vencer hasta al dragón más fiero y malvado que pudiera aterrorizar a su reino, o a cualquiera de los reinos de sus familiares. Se quitó la armadura y el casco y se mostró a todos tal y como era: una bella Pequeña Princesa, ya anciana y con un corazón lleno de amor.

En palacio, el Príncipe y la Pequeña Princesa vieron crecer a sus nietos, bisnietos e, incluso, a sus tataranietos y les contaban las aventuras que habían vivido juntos, las cimas que habían coronado y las islas que habían poblado. Y vivieron felices y comieron perdices. Todos recordarán, por el resto de la eternidad, que con VALOR y AMOR se puede conseguir lo imposible.

SU TRIBU ERA EL MUNDO

VIRGINIA BELTRÁN

*A Anatina, heroína de tantos de mis cuentos, inspiración continua,
buscadora incansable del alma, mi hija.
A mi padre y a mi madre, con amor y agradecimiento por el
regalo de la Vida.*

Esta es la maravillosa historia de una joven princesa llamada Ardith, hija de la Maga de los Libros, una mujer muy poderosa y enigmática y del Rey de una tribu de guerreros nómadas.

Ardith crecía feliz, jugando con sus hermanos y todos los niños de la tribu, correteando libre y segura en aquel poblado defendido por guerreros y envuelto en la magia de las historias que, cada noche al calor del fuego, contaba la Maga de los Libros.

Pero un día todo cambió, hubo un gran incendio en el poblado y las llamas lo devoraron todo...Ardith, de repente, se dio cuenta de que la Maga no era una verdadera maga, no tenía magia ni poder y que el Rey, con su pesada túnica, arrastraba una sombra casi más grande que él.

Tras el terrible incendio y el silencio ensordecedor de la noche, Ardith se levantó al alba, dispuesta a dejar atrás el poblado y a su tribu para iniciar un largo viaje. Antes de partir, la Maga le entregó un libro repleto de viejas y conocidas historias y el Rey le dio un puñado de sus sombras. Ardith recogió estas ofrendas, las puso en su bolsa de seda blanca y emprendió su camino.

Atravesó valles de esperanza, sintió el miedo pegado a sus entrañas en noches cerradas, arrancó una y otra vez la hiedra que

insistente le oprimía el corazón y cuando la soledad la acechaba bebía de la fuente seca de la sinrazón, pero seguía adelante porque sabía que cada mañana volvía a salir el sol.

Y fue así como llegó a un nuevo poblado, que le pareció muy grande y prometedor. Disfrutaba de aquel lugar, mezclándose entre sus gentes, descubriendo olores desconocidos y sabores prohibidos. Un día, paseando por los alrededores, conoció a un personaje muy especial, era un Genio de grandes ojos negros y cierto aire atemporal; de sus dedos salían formas fascinantes y siempre cambiantes con todos los colores del arco iris. ¡Todo aquello era un auténtico baile para los sentidos!

El Genio sedujo a la joven Ardith con su magia y la convirtió en una diosa y vivieron felices durante mucho tiempo en un idílico lugar al sol.

Pero un día Ardith, fiel a su alma nómada, se despidió del Genio quien le entregó, con amor, dos lápices de colores que tenían el poder de crear cualquier cosa que ella deseara con todo su corazón.

Ardith siguió su camino y una mañana de verano llegó al mar. ¡Cuánta belleza! ...La brisa era como una promesa acariciando su rostro y Ardith sintió el deseo irrefrenable de cruzar aquella inmensidad. Y así, como por arte de magia, apareció ante ella un Arlequín con unos ojos tan azules que parecían robados al mar. El Arlequín era en realidad un príncipe, cuyo espíritu demasiado libre no encajaba en la corte de su padre... Tras su seductora sonrisa escondía un corazón malherido.

El Príncipe disfrazado de arlequín poseía un gran velero e invitó a Ardith a cruzar con él el océano rumbo a un país extranjero. Ardith aceptó encantada, pero ya en alta mar, olas gigantescas, terribles monstruos venidos de lo más profundo del mar y vientos huracanados casi les hicieron naufragar.

Cuando la tormenta amainó, en una bellísima noche estrellada, el Arlequín le regaló a Ardith lo más preciado que poseía, una leona

recién nacida, hija del viento, del sol y del amor. Y tras dejarlas en tierra firme, siguió con su velero mar adentro hasta perderse en el horizonte.

Aquella tierra extranjera resultó dura, seca e inhóspita. Un desierto que parecía no acabar nunca. Ardith caminaba al lado de su cachorro, que estaba terriblemente triste por la gran pérdida pero avanzaba con paso firme. Cuando a Ardith le fallaban las fuerzas, la pequeña leona le inspiraba la magia y el coraje para seguir adelante.

De repente, en medio de la nada y un aire irrespirable, apareció un Caballero Alado que le regaló a Ardith una botella llena de aire puro y fresco para que pudiera respirarlo siempre que lo necesitara. Compartieron un trozo del camino. Ardith estaba triste y casi había olvidado la magia de contar historias, pero la pequeña leona volvía a sonreír y parecía divertirse aquel Caballero siempre dispuesto a dibujar piruetas en el aire.

Un día Ardith oyó que el Rey de las Sombras había muerto y decidió volver con su joven leona al poblado del que había salido hacía años.

La tribu las recibió con cantos, danzas y una gran fiesta alrededor del fuego. La Maga era una anciana afable que seguía inmersa en sus libros y la ausencia del Rey pesaba en el aire. Ardith se sentía extraña en aquel lugar.

Un amigo de la infancia, que había soñado siempre con su regreso, se acercó y le prestó un espejo, el Espejo de la Ilusión. Al mirarse en él, Ardith vio a la joven princesa que fue y no a la mujer que era hoy. Miró a su amigo con ternura y agradecimiento y le devolvió el espejo en el que se había detenido el tiempo.

Ardith dejó la fiesta y se adentró en el bosque, buscó un lugar apartado cerca del río y allí, bajo la luz plateada de la luna llena, abrió la bolsa de seda blanca y puso ante sí todos los regalos que había ido acumulando a lo largo de su viaje.

Vio, sorprendida, que nada era lo que ella creía que era....

El libro de la Maga no era un libro de historias elegido al azar, contenía la historia de su propio viaje y quedaban aún muchas páginas por escribir; el legado del Rey era la luz que, inseparable, acompaña a las sombras; los lápices de colores que le había regalado el Genio eran mil ideas chispeantes que querían ser contadas y al abrir la botella del Caballero Alado, aquél aire puro y fresco se fundió en un abrazo con la brisa de la noche y desapareció.

A lo lejos, Ardith vio acercarse a la leona envuelta en el resplandor de una estrella roja y pulsante y, por un momento, le pareció ver al Arlequín depositar un beso en el corazón de la leona que se convirtió, al instante, en una bellísima joven con largas melenas doradas. Danzaba bajo la luna llena.

Ardith esbozó una sonrisa de complicidad con su alma, se desnudó despacio y como si de un ritual sagrado se tratara, se sumergió en las límpidas aguas del río. Resurgió como una diosa serena y sabia, mirando al cielo entendió que habían muchos tipos de magia, la suya era la magia que hacía vibrar el corazón, aquella que le hizo emprender el viaje, la que la alentó a seguir a través de tempestades y desiertos, la magia que le enseñó a amar, perdonar, comprender y a seguir amando libre de miedos, hechizos y sombras.

Ardith y la bellísima joven de largas melenas se despidieron de la tribu agradeciendo todas sus atenciones. Salieron del poblado y caminaron en silencio hasta un cruce, donde se miraron fundiendo sus corazones en un largo abrazo que tenía toda la fuerza de la eternidad.

Al despedirse, Ardith le puso a su hija un objeto mágico en el bolsillo, pero esto es otra historia...

El Águila del Norte, que había acompañado a Ardith desde lo alto durante tantos años, vino para llevarla a un lugar muy especial. Ardith estaba preparada, conocía ya su valor y su magia.

Sobrevolaron paisajes de ensueño, ríos serpenteantes abrazados por bosques teñidos de ocre brillantes y rojos intensos, hasta

llegar a una torre circular en lo alto de una colina. El Águila le contó a Ardith que allí vivía el Maestro de las Plumas, un artesano que tenía el don de crear con sus manos objetos para escribir, piezas únicas que sólo servían a su auténtico dueño.

Ante la puerta del torreón el Águila animó a Ardith a entrar, asegurándole que siempre estaría cerca por si la necesitaba.

Tras dar unos pasos nerviosos y desordenados, Ardith se decidió a entrar. Un hombre de aspecto jovial descendía por una escalera en espiral. Con un gesto teatral pero gracioso, la saludó y le preguntó cómo se llamaba.

Ardith pronunció su nombre mientras recordaba aquellos árboles de su infancia que amaban sus raíces tanto como sus finas ramas, y el Maestro artesano lo repitió en voz alta, sonó como una melodía envolvente, antigua y cercana.

—Ardith... tu nombre huele a fuego y sabe a aire fresco. Veo saliendo de estos delicados dedos mil historias de colores para contar en muchas tribus diferentes de muchos mares diversos, dijo el Maestro cogiéndole las manos.

Y, mirándola a los ojos, con aquella sonrisa irresistiblemente pícara que sólo los sabios regalan alguna vez, le dijo:

—No tengo esa pluma que es sólo para ti, pero estoy seguro que podré hacerla, aunque me llevará algo de tiempo, mientras tanto, me encantaría oír tu cuento.

Ardith le devolvió una gran sonrisa con el corazón en llamas y supo, en ese mismo instante, que había llegado a casa.

PICO, EL PAJARITO CANTANTE

PEDRO MECA

s voy a contar la historia de Pico, el pajarito cantante. Cuando nació, Pico era un pajarito muy, muy, pero que muy pequeñito, sus alas eran muy cortas y su pico también.

Pico tenía una particularidad, desde que era un polluelo hacía bonitas canciones que entretenían a su familia en el nido, aunque para poder escucharlas había que aplicar bien el oído, porque las cantaba casi susurrando.

Un día, el gran búho, anciano y sabio, escuchó una de las cancioncillas de Pico (ya sabéis que los búhos tienen el oído muy fino y pueden escuchar hasta los ronquidos de las piedras dormidas del bosque), así que se acercó volando a la rama donde vivía Pico, y habló a los padres con su voz profunda como una vieja caverna:

—Vuestro hijo tiene un don y podría llegar a ser un gran cantante. Debería tomar clases de canto con el señor ruiñeñor.

Aunque el señor ruiñeñor cobraba muchas semillas, los padres de Pico le preguntaron si quería tomar clases de canto con él.

Pero a Pico le daba mucha vergüenza cantar delante de otras personas, pensaba que no lo hacía tan bien, creía que los alumnos del señor Ruiñeñor se reirían de él, así que les dijo que no.

Los padres de Pico se lo volvieron a ofrecer varias veces, pero Pico siempre decía que no.

Los años pasaron y Pico creció un poco, las alas le crecieron lo suficiente como para poder moverse por todo el bosque.

Un día que volaba distraído escuchó una melodía muy bonita y voló hacía donde sonaba aquella música.

Venía de una guitarra que estaba tocando Periquito. Estaba hipnotizado con el sonido de sus cuerdas y le preguntó a Periquito si podría enseñarle a tocar aquel instrumento.

Durante algunos años, Pico acudió al nido de Periquito a aprender a tocar la guitarra y cuanto más aprendía, más le crecían las alas, ya que al ser tan pequeño tenía que estirarlas bien para poder tocar las cuerdas. Le gustaba la guitarra porque cuando tocaba para los demás, siempre estaba oculto tras ella y eso le hacía sentirse seguro.

Pico también pasaba mucho tiempo en la biblioteca de Periquito, donde había muchos libros llenos de dibujos que hablaban de los Bosques lejanos, unos grandes bosques donde había árboles y pájaros diferentes.

—Ojalá pudiera ir alguna vez a esos bosques —dijo Pico, a lo que Periquito le respondió:

—Tú eres capaz de hacer lo que te propongas, sólo te hace falta un poco de confianza y valor.

—¿Valor y confianza? Con estas alas tan pequeñas nunca podría llegar tan lejos

—No es cuestión de alas...

Y Periquito le habló a Pico de los Vientos del Norte. Eran unos vientos que pasaban rugiendo junto al bosque todas las primaveras. Si uno tenía el suficiente valor, se podía meter dentro de ellos y viajar hasta los confines de la tierra.

—¿Pero no es peligroso? —preguntó Pico.

—Todo lo que merece la pena puede parecer peligroso al principio —le respondió Periquito.

Y fue así como empezó a tomar forma la idea de viajar en la mente de Pico. Pero... se veía tan pequeño... y decían que aquellos vientos eran tan fuertes...

Pasaron los años y Pico leyó todos los libros de la biblioteca de Periquito; también le habían crecido un poco más las alas y disfrutaba tocando la guitarra. Una tarde de primavera, viendo que venían los vientos del norte, no pudo aguantar más, se armó de valor y se zambulló de cabeza en ellos.

Aquello no era tan malo como le habían dicho ¡Era mucho peor!

Había miles de hojas y ramas sueltas que le golpeaban en la cara, el viento soplaba muy fuerte y le zarandeaba arriba y abajo, a izquierda y a derecha. Le costaba mantener el equilibrio y no estrellarse contra el suelo.

Veía con envidia a otros pájaros que volaban majestuosos entre las corrientes de ese aire frío, y notaba cómo lo miraban a él, con una sonrisilla en el pico y una mirada de respeto.

Sin embargo, aunque le dolían las alas, durante el viaje fueron creciendo más y más, y aprendió a deslizarse por las corrientes. Lo hacía muy bien y, poco a poco, fue llegando a uno de los grandes bosques.

Aquel bosque no tenía nada que ver con su casa, había grandes árboles con hojas extrañas, algunos tan grandes que tapaban la luz del sol. Había también toda clase de pájaros de extraños plumajes y colores, unos grandes y otros más pequeños que él. Los olores eran muy diferentes y todo el mundo volaba con prisas de un lado al otro.

Aunque todo aquello le imponía un poco, sentía la excitación de lo nuevo y diferente. Había sido capaz de volar en los vientos del norte y se sentía orgulloso de sí mismo.

Durante aquellos años recorrió más de un bosque lejano y le crecieron mucho las alas. Le creció también el pico, porque en aquellos bosques los pájaros piaban de otra forma muy diferente y

aunque le costó un poco al principio, acabó entendiendo su idioma y haciendo amigos en todos esos bosques.

Un día sintió que necesitaba estar con su familia, así que aprovechó que venían los Vientos del Sur y voló hasta su bosque. Ahora no tenía problemas para planear entre aquellas corrientes, sorteando las hojas y disfrutando del vuelo. Veía a los pequeños pajarillos que viajaban por primera vez y les sonreía, a la vez que les admiraba su valor.

Cuando llegó al árbol donde vivía su familia se quedó paralizado. ¡Había sido partido en dos por un gran rayo! Se puso a gritar:

—¡Mi familia! ¿Qué ha pasado con mi familia?

Una ardilla, que pasaba por allí, lo guió hasta el nido donde ahora vivían.

Todos estaban bien, todos menos su padre, al que le había caído una rama en la cabeza y se encontraba gravemente herido.

También había alguien junto a su padre, una pajarita médico que se llamaba Pica y que lo cuidaba y curaba muy tiernamente.

Pico se quedó junto a su padre y aprovechó para aprender todas sus enseñanzas. Pasaron algunos años y Pico y Pica se fueron conociendo y enamorando. Y Pica enseñaba a Pico también muchas cosas y, con las enseñanzas de ambos, a Pico le creció mucho el pecho porque esas enseñanzas hablaban de cosas que solo entendía el corazón.

El papá de Pico lo llamó un día a su lado y susurrando a su oído le dijo que siempre estaría con él. Se transformó en una gran nube de lucecitas que, suavemente, entraron en el pecho de Pico haciéndolo aún más grande.

La marcha de su padre sumió a Pico en una gran melancolía. Aunque Pica lo acompañaba en su pena y era una gran compañera, él solía volar hasta el lago que había junto al bosque donde pasaba largas horas mirando sus aguas tranquilas y pensando en su padre.

Un día que estaba junto al lago, sintió que una sombra tapa-

ba el sol, miró y vio que se trataba de un gran pájaro, un Águila Real que bajaba a toda velocidad hacia donde él estaba. ¡Pico se quedó paralizado por el miedo! Había leído que algunos pájaros se comen a otros, tenía tanto miedo que le era imposible moverse del sitio, solo logró taparse con un ala y quedarse muy quieto mientras aquel Águila posaba sus garras junto a él.

Pico le dijo, temblando como una hoja:

—¡No me comas! – El Águila respondió sonriendo y con voz muy grave:

—Ja ja ja... no estoy aquí para comerte, estoy aquí para enseñarte, si es que quieres que sea tu maestro.

Pico no sabía qué hacer, aunque sentía un gran miedo, también se sentía fascinado por aquel pájaro grande e imponente de poderoso porte y grandes plumas, con una mirada penetrante y una voz que hablaba de muchas cosas que Pico desconocía.

Después de un rato de duda aceptó ser su discípulo.

Durante algunos años el Águila le enseñó muchísimas cosas que no sabía que sabía, cosas que le alimentaban el alma y que le daban mucho miedo, pero que hacían crecer el corazón. Le enseñó también a mirar los colores del bosque de una forma diferente, a reír como un ejército de tambores y a llorar lágrimas de luna antigua, que son las que curan muchas de las dolencias del corazón.

Con todas aquellas enseñanzas a Pico le creció mucho el pecho, las alas y el pico. Poco quedaba del pequeño pajarito y su vergüenza.

Un día Pico y Pica se casaron, fue una fiesta maravillosa con todos sus amigos y muchos de los que había conocido viajando. Había música y baile y todos tenían los corazones alegres porque querían mucho a la pareja.

Aquel día Pico estaba tan contento y era tan feliz, que se subió a una rama desplegó sus grandes alas y cantó como nunca había cantado. Lo hizo usando su gran pecho y su potente pico. Era una

tierna canción de agradecimiento, aventura, amor, pena y alegría. Todos los asistentes lloraban, reían y acabaron aplaudiendo aquella canción improvisada con la que Pico entendió, por fin, que realmente tenía un don.

A partir de aquel momento, lo único que quería hacer era cantar. ¡Era tan feliz cantando! Y que le oyera el que quisiera, le daba igual que a los demás pájaros les gustase o no su canción.

Sabía que le quedaba mucho por aprender para hacer ese don más grande, quería profundizar en todos los conocimientos que podía ofrecerle la vida con respecto al canto, así que Pico y Pica partieron de viaje en los Vientos del norte y de vez en cuando volvían para ver a los suyos.

Durante muchos años Pico y Pica disfrutaron de sus dones y aprendieron a perfeccionarlos, Pico compuso bonitas canciones que no sólo eran melodía, si no que eran pequeñas historias que hablaban de muchas cosas que enriquecían el alma de aquellos que las escuchaban. Y la vida les fue dando más dones, por ejemplo, tuvieron un hijo con el que Pico compuso aún canciones más y más bonitas.

Si escuchas con atención los cantos de los pájaros, podrás escuchar algunas de las canciones que compuso Pico, y si te dejas arrullar por su sonido, te ayudarán a entender el idioma de los pájaros y los bosques.

Cuenta la leyenda que vivieron muchos años juntos y que un día se fundieron cantando en un abrazo tan poderoso que hizo que aquella melodía se quedara flotando como una esencia. Y dicen que cuando todo está en silencio, si pones atención, aún la puedes escuchar. Es la música del mundo.

PIEDRA BLANCA

ESTHER CALERO

Gracias mamá, sin ti nunca hubiera sido protagonista de mi vida.

*A mi hijo Juan, el apuesto príncipe que tiene la llave para
continuar esta historia.*

A Violeta y a Mario por ser los únicos que le podrán acompañar.

Erase una vez que se era, una bonita historia que sucedió aunque tú no estuvieras. Y érase que se era, un soleado día de invierno que se convirtió en primavera. Concretamente ocurrió un 5 de diciembre del año milnosécuantosnoséqué, para ser más exactos.

Por aquel entonces el Mundo, aunque ya era Mundo, no sabía muy bien qué forma debía tomar y pasaba de cuadrado a triángulo, de rectángulo a hexágono... pero por más que se esforzaba no se sentía identificado con ninguna de ellas, y dando vueltas y vueltas se llegó a convertir en un rombo sin rumbo. Y en esas estaba cuando un fiel mundano le contó que “Piedra Blanca” tendría otro hijo.

—¿Otro más? preguntó el Mundo extrañado, pues no entendía muy bien este fenómeno.

—Sí, le respondió, y será pronto.

Inmediatamente el Mundo tuvo un agradable presagio y decidió no perderse tal acontecimiento. Eligió sus mejores galas para recibir entusiasmado a una preciosa niña, a la que regalaría toda su suerte, por lo que Estrella, como así se llamaría, iba a ser la niña más “suertuda” del mundo. Tanto fue así, que nació rodeada de un montón de hermanos y hermanas, cada cual tan hermoso y bello como ella.

Para el Mundo, a partir de ahora, nada sería igual. Se sentía tan dichoso que cambió su suerte por un día redondo.

Mientras, Estrella “la Suertuda” —como le llamarían algunos— y sus hermanos recorrerían un largo camino para descubrirlo. Durante el trayecto, cada uno de ellos exploraría diferentes partes del Mundo, otorgándole un olor o un sabor particular; cada cual le daría su forma, por más que se empeñara en ser redondo.

Un buen día, la Vida se presentó ante ellos y les dijo:

—Niños, cada uno de vosotros debe tomar caminos distintos, pero antes, continuó muy seria, deberéis cruzar un largo arroyo. Para ello, pondré a vuestra disposición un gran barco. Remaréis día y noche para alcanzar la orilla. De vosotros dependerá lo que encontréis al otro lado.

Los niños ignoraban dos cosas. La primera es que ese arroyo es, ni más ni menos, que su infancia. Y la segunda, que dependiendo de lo que les ocurriera a lo largo de la travesía y de cómo se enfrentaran a ella dependería su futuro.

La aventura estaba a punto de comenzar, había llegado la hora de partir. Los niños subieron al barco que les esperaba en la orilla y, como buenos hermanos, acordaron que llegarían al otro lado juntos, sin separarse ni una sola remada. Los mayores tomaron la iniciativa, se sentían responsables de ayudar a sus hermanos pequeños.

Capitaneados por ellos, comenzaron a remar, y remar...

Estrella casi siempre iba acompañada por la capitana mayor, que velaba por su seguridad día y noche, amarrándola bien al barco, consciente de su buena suerte, de su luz tan necesaria en las oscuras noches.

No era un barco pirata, ni un barco vikingo, pero se parecía bastante. No faltaron las luchas, ganaron grandes batallas y estaban dispuestos a hacerse con un gran botín burlando tormentas y tempestades.

Entre remada y remada, no faltarían las risas, los juegos, montones de amigos, los miedos, las dudas, desafíos, alegrías, tristezas, días de sol, de lluvia, humor, desenfado... y lo de la buena suerte, que ya te he contado.

Para lo bueno y para lo malo, los hermanos remaban incansables mano a mano.

El devenir de los días era intenso y emocionante, pero llegó un momento en el que Estrella, remaba a desgana. Estaba harta de ser la hermana Pequeña. Siempre acompañada, siempre burlada, siempre protegida, siempre, siempre, siempre... Se sentía agotada al no poder alcanzar a sus hermanos, por no remar con tanta intensidad. Por más que se esforzaba sus hermanos siempre le parecían más fuertes, más inteligentes, más todo.

Un día cerró los ojos y sopló al viento del sur un deseo con todas sus fuerzas.

—Quiero ser hermana mayor.

Como tenía tanta suerte, toda la del mundo si mal no recuerdo, poco tiempo después nacería su hermano pequeño, un regalo para todos y al que tuvo la oportunidad de cuidar y dar tanto amor como el que le enseñó su hermana mayor, como el que le transmitieron sus demás hermanos.

Así fue como comprendió que no era tan importante ser el mayor, el mediano o el pequeño, sino que lo realmente importante era: ser hermano y remar.

Cuenta la leyenda que Estrella “la suertuda” y sus hermanos no cruzaron solos el arroyo. Que “Piedra Blanca”, desde el más profundo amor y respeto, les acompañaría durante toda su trayectoria, siéndoles fiel a cada paso, de manera incondicional y hasta el último día de su vida.

Sin ella este cuento no sería posible, así que desvelaremos algo sobre esta piedra preciosa de un valor incalculable y de una fortaleza sobrenatural que, a pesar de no haber sido tratada du-

rante años como se merecía, no perdió un ápice de su maravillosa esencia.

“Piedra Blanca” era acogedora y suave. Su color era de un blanco tan intenso, que era capaz de absorber cualquier color diferente al suyo. Colores pálidos, vivos, cálidos y fríos podían posarse sobre ella y reflejar toda su belleza.

Lo cierto es que algunos colores llegaron a aprovecharse de sus virtudes intentando arrebatárselas una por una. Entonces “Piedra Blanca” se debilitaba y, dicen algunos, que solo hubo una ocasión, en la que se fue tornando transparente hasta casi desaparecer.

Aquel día el cauce del arroyo por el que cruzaban los valientes hermanos se desbordó provocando una inestabilidad tan grande que podían haber muerto ahogados. No se sabe muy bien si fue la suerte de la suertuda, o el truco del almendruco, pero justo cuando la piedra empezaba a desaparecer el hermano mayor pudo alcanzar a verla, y sin saber muy bien qué es lo que estaba ocurriendo, apartó de sí su remo, se acercó como pudo a ella y con tan solo rozarla recuperó su máximo esplendor para no perderlo jamás.

Como ves el agua del arroyo no siempre fluyó tranquila. Cuanto más brava y furiosa se alzaba, más se unían los hermanos para remar y así fue como alcanzaron con éxito la orilla.

“Piedra blanca”, serena y sabia, desembarcó junto a sus hijos y tan solo su presencia resultaba vital, sobre todo para Estrella que, por suerte o por ser tan suertuda, desde el día de su nacimiento sintió su color, su calor, otorgándole el trato que se merecía cual reina de las Piedras Preciosas.

Así, sin dudarlo un segundo, Estrella siguió cada uno de sus pasos, aprendió de ellos, se dejó soñar en su inmenso brillo, incluso al otro lado del arroyo, y sin que apenas el mundo se diera cuenta, al bajar del barco se convirtió en Piedra Preciosa.

Su color no era de un blanco tan intenso como el de su madre, por lo que no soportaba el peso de todos los colores, teniendo que alejarse de alguno de ellos para no perder ni su brillo ni su buena suerte.

Dicen que durante años viajó sin descanso, sin apenas equipaje. En cada lugar era recibida con un bonito obsequio. Durante su estancia, Estrella agradecida cuidaba su regalo y, a su marcha, dejaba tras de sí una silenciosa estela casi invisible, que tenía el color de la buena suerte.

Regresó con miles de recuerdos y armada de sueños construyó, con sus manos, un enorme castillo no muy lejos del arroyo. Algunos entendidos aseguraban que el castillo estaba encantado. Y, puede ser, porque muy pronto fue habitado por un pequeño y apuesto príncipe que ya antes de nacer rescató el joven brillo de “Piedra Blanca”, confundiendo días pasados con aquellos que estaban por estrenar.

Y se estrenó la vida, y preñó al castillo de príncipes y princesas que contaban chistes y hacían promesas.

Cuenta la leyenda que no pasó un solo día en que Estrella agradeciera al mundo su buena suerte y que este, redondo de felicidad, le tenía guardado un acogedor lugar en el cielo donde, sin duda, seguiría brillando eternamente.

Pero antes, mucho antes de situarse en aquel lugar privilegiado, tenían que pasar muchas cosas.

Estrella enamoró un montón y acabó enamorada, una cosa exagerada, y así esta historia se podría dar por terminada, pero este cuento así no es, te lo cuento rápido, un, dos, tres.

Estrella apasionada, dedicó su vida adulta a acompañar a cruzar el arroyo a miles de piedrecitas a las que admiraba y profesaba un profundo respeto.

Los días exigían descubrir nuevos aprendizajes, saborear los ya adquiridos. Empaparse de nuevas experiencias, jugar a sentir,

compartir lo jugado. Y así, disfrazada de alegres saltitos la exigencia transformaba sueños infinitos en realidad determinada.

Al llegar la noche, señora exigencia, en cualquiera de sus formas, se acurrucaba plácidamente a descansar en algún lugar del mundo y en el castillo reinaba el amor —también en cualquiera de sus formas— y era entonces cuando los pequeños príncipes querían escuchar un cuento, pero no uno cualquiera no, sino “uno que te inventes” pedían ilusos evocando a la magia, y así es como Estrella comenzaba a dibujar sus voces.

Al comienzo de la narración, los ojos chispeantes de Juan, las caritas de asombro de Violeta y el silencio absoluto de Mario se podían escuchar en la mudez de la noche hasta dejarla dormida.

Y colorín colorado, aunque este cuento se ha acabado... ¡Al castillo quedas invitado!

“AHORA TE TOCA A TI”

Ahora es tu momento, ahora te toca a ti escribir el cuento de tu vida. Te proponemos que uses las siguientes páginas para escribir tus recuerdos. No es necesario que profundices mucho, ni que te crees un problema porque quieras contar tus memorias que ocupan seis volúmenes, no es eso. Recordar nuestro pasado, al fin y al cabo, es fabular, porque nunca sabremos si pasó de esa forma como lo recordamos, o fue de la manera como lo recuerda tu hermano o hermana, por ejemplo. Las cosas que recordamos son tan importantes como las que no recordamos, pero nuestro inconsciente nos sirve aquellas que, por alguna misteriosa razón, necesitamos recordar. Así que no le des muchas vueltas y haz un esquema de lo que te acuerdes y escríbelo aquí. Cuando hayas acabado vete a la otra parte, unas páginas más adelante, y sigue las instrucciones.

“ÉRASE TU VEZ”

Ya has terminado tus sucintas memorias, ahora te toca transformarlas en cuento maravilloso, ese que en el folklore nórdico se conoce como cuento de hadas. Revisa las partes más importantes, los personajes que aparecen, las situaciones y ve transformándolo en un cuento, en una historia tan especial que te encantará contársela a tus hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, vecinos, alumnos...

Tú eres el o la protagonista. Te pongo un ejemplo. En tus memorias ponías: “Nací en un pueblo muy pequeño y me pasaba el día jugando en la huerta con mis hermanas, nos gustaba comernos el agrillo que crecía en primavera bajo los limoneros. Un día mi padre nos dijo que teníamos que irnos a otra ciudad porque lo trasladaban en su trabajo...”

Transformado a cuento podría ser: “Llegó el día señalado por las hadas del bosque en su famosa predicción, nacería una niña de grandes ojos y cabello brillante. Y nació (aquí pones un nombre de resonancias principescas). Cuando su madre la vio lloró de alegría (cuidado con las erratas, no vayas a poner “alergia” que entonces el cuento sería muy diferente), sus hermanas saltaban de contento a su alrededor y se peleaban por jugar con ella. Cuando creció le encantaba ir al bosque a jugar bajo los árboles cargados de frutos amarillos mientras masticaba la hierba de la felicidad...”. Esto es un ejemplo. Ahora te toca a ti. Y que no se te olvide ponerle un título bonito. Érase tu vez.

Esta primera edición de “La pequeña princesa y otros cuentos” se acabó de imprimir y encuadernar en diciembre de 2017.

El curso “Érase tu vez” se imparte regularmente en España y Sudamérica, si tienes interés en participar puedes mirar fechas y lugares donde se imparte en la web

www.espacioparacontar.com

Estamos contruidos de cuentos y miradas y los creadores de las historias que conforman este volumen han vuelto su mirada al interior de su memoria para rescatar los momentos que su inconsciente ha querido regalarles. Han hecho un trabajo ímprobo, valiente y decidido para estrujar el recuerdo que tanta huella les dejó –dulce o amarga–, huella que han convertido en una ofrenda en forma de cuento maravilloso.

Los cuentos que componen este volumen, han sido elaborados en la primera edición del taller “Érase tu vez” que se celebró en La Casa de la Piedra de Murcia los días 3, 4 y 5 de noviembre de 2017.

Sus artífices son seis personas, dos hombres y cuatro mujeres, o al revés. María Rubio, Daniel Caballero, Virginia Sanz, Virginia Beltrán, Pedro Meca y Esther Calero. Han escrito sus memorias, las han convertido en cuento, han grabado un vídeo contándolo y ahora se inmortaliza en libro de papel.

El viaje continúa.

www.espacioparacontar.com